

UNIVERSIDAD LITERARIA DE BARCELONA

R. F-c / ROB
RELACIONES

DE LA

PATOLOGÍA MENTAL

CON LOS

TRIBUNALES DE JUSTICIA

CONFERENCIAS

DADAS EN EL SALÓN DOCTORAL DE LA UNIVERSIDAD
EN LOS DÍAS 13 Y 27 DE FEBRERO

POR EL

DR. D. BARTOLOMÉ ROBERT

Catedrático de la Facultad de Medicina

(Taquigrafadas por los alumnos

D. WIFREDO COROLEU y D. RAMÓN TORRES)

Curso de 1897-98

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSITAT DE BARCELONA



0700392083

UNIVERSIDAD LITERARIA DE BARCELONA

RELACIONES
DE LA
PATOLOGÍA MENTAL
CON LOS
TRIBUNALES DE JUSTICIA

CONFERENCIAS

DADAS EN EL SALÓN DOCTORAL DE LA UNIVERSIDAD
EN LOS DÍAS 13 Y 27 DE FEBRERO

POR EL

DR. D. BARTOLOMÉ ROBERT

Catedrático de la Facultad de Medicina

(Taquigrafiadas por los alumnos

D. WIFREDO COROLEU y D. RAMÓN TORRES)

Curso de 1897-98



R-743.516

SR. RECTOR:

SEÑORES:

CON tanta frecuencia acontece que la práctica jurídica ha de entender en asuntos del orden civil y especialmente del criminal que no pueden resolverse sin el peritaje médico, que he abrigado el propósito de elegir por tema de mis conferencias las «Relaciones de la Patología mental con los Tribunales de Justicia». Mientras el hombre esté constituido en sociedad, este asunto estará á la orden del día, así en el concepto humano ó sea en el de sus aplicaciones prácticas, como en el puramente académico ó especulativo. En el concepto humano: un Tribunal de Justicia con un documento médico quita ó concede á un

un hombre la capacidad mental para el gobierno de su hacienda; restituye á un procesado al seno de su hogar, limpio de toda mancha; abre á otro las puertas del manicomio para que allí vegete quizás durante toda su vida, como un número, secuestrado de la vida social; á otro le recluye en un presidio, y en último término, como *ultima ratio rerum*, hace subir á un condenado las gradas del patíbulo. Posibilidades horribles que son más que suficientes para que se comprenda lo pavoroso del asunto que me propongo escudriñar. Esto en lo puramente humano, que en lo científico ya sabéis que semejante asunto ha sido siempre materia candente, desde los remotos tiempos de Grecia y Roma hasta nuestros días: siempre ha suscitado las mismas polémicas y ha sido palenque abierto para la lucha y la discordia entre filósofos, metafísicos, médicos y criminalistas, encontrando todos en el referido estudio materia holgada para sus disquisiciones. No dejo de comprender que la tarea que me he impuesto es superior á mis fuerzas; y como sólo puedo ofreceros el concurso de mi buena voluntad, muy necesitado estoy de toda vuestra benevolencia.

Forzando la síntesis, no se os ocultará que la conexión entre la Patología mental y los Tribunales de Justicia se establece al rededor de un solo punto, al parecer de una extremada simplicidad: *la responsabilidad humana*. Si existe ó no existe; si es completa ó incompleta; si el hombre dispone del libre albedrío y puede enfrenar sus pasiones ó si, por el contrario, vive esclavo de un determinismo orgánico, en cuyo caso no es un ser libre, tal como comprendemos la libertad moral: hé ahí lo que constituye el fondo y punto de partida de los problemas que me propongo dilucidar. Desde luego se comprende que en la apreciación de semejantes asuntos el acuerdo no es unánime; que los hombres ahora y siempre seguirán disputando, y que si ha de ser cierto una vez más, como decía el fogoso marqués de Valdegama, que por debajo de todo problema humano siempre late algo de orden religioso, queda muy justificado que á propósito de tales asuntos se hayan enardecido los ánimos. Pero yo voy á colocarme en el único terreno donde puedo moverme, dada la inclinación natural y la índole de mis estudios, y por tanto he de declarar que no tengo autoridad alguna para engolfarme en la discu-

sión de materias dogmáticas y ni siquiera dentro de la esfera de la metafísica; tengo mis creencias, como toda persona las tiene, pero en este momento sólo debo ejercer de médico ó de biólogo, estudiando el actual estado de ciencia, con el propósito de llegar en mis conclusiones finales hasta la reforma del Código penal, si es necesario. Nuestro Código, aunque inspirado en un excelente criterio, dada la época ya remota en que fué escrito, ha quedado desde entonces como petrificado; y yo no dudo, dada la reconotida ilustración de nuestros hombres del Foro, que establecida la concordancia podremos todos influir en que la evolución se haga. Pero no adelantemos los conceptos.

Dos son, señores, las escuelas que en los momentos actuales comparten el estudio de la responsabilidad ante los Tribunales de Justicia: la *Sociológica* y la *Biológica*, escuelas que, pudiendo marchar de acuerdo y hasta asimiladas, batallan frente á frente. ¿Sabéis por qué? Porque muchos biólogos, alterando el verdadero concepto de la Antropología, que ha de consistir en el estudio del hombre tal como es, es decir, como una asociación ó penetración de espíritu y materia, se han de-

clarado sencillamente materialistas. Por mi parte, si este criterio cerrado hubiese de ser condición indispensable para figurar en el campo de la Biología—lo cual estimo de otra manera—, por sentimientos y por convicción no podría formar en las filas de los biólogos.

De estas dos escuelas, la sociológica admite la responsabilidad humana; considera que el hombre es un ser libre, con voluntad propia y en condiciones de distinguir el bien y el mal. Yo acepto desde luego esta especie de credo, pero siempre en el supuesto de que eso del bien y del mal es variable en sí mismo, porque se relaciona con las condiciones de espacio y de tiempo: lo que es bueno y legal en un país, es malo é ilegal en otro; cosas que han sido condenadas en determinadas épocas históricas, han sido aceptadas después. Todos recordaréis que cuando nuestro ilustre Rector hacía días atrás en este mismo sitio la crítica de Platón, Cicerón, Suárez y Montesquieu, esas grandes figuras que de una manera tan poderosa han influido en la confección de las leyes, decía que Montesquieu, el más próximo á nosotros y que respiró ya un ambiente intelectual distinto de sus predecesores, cuidó de manifestar que las legis-

laciones han de adaptarse á las variables circunstancias de cada país y de cada raza. Esto, en suma, quiere decir que el concepto del bien y del mal, aparte de los eternos fundamentos de justicia, es contingente y que varía como varían las condiciones de espacio y de tiempo.

La escuela sociológica á la par que concede una inmensa importancia al individuo en la determinación de todos sus actos, presta tal vez un valor relativo todavía más grande al medio ambiente físico y moral en que el hombre vive; por manera que, en rigor, la especial psicología humana no depende toda en absoluto del individuo mismo, sino que está también sujeta á la influencia de las circunstancias que le rodean. La vida física y la vida moral al fin no son más que una lucha representada por las acciones que nos vienen del exterior y por las reacciones de nosotros mismos: hombre y ambiente, he ahí dos factores inseparables en la ecuación de la vida.

En cambio los biólogos de última hora, capitaneados por Lombroso y con el auxilio de algunas figuras del foro, especialmente de Italia, país en donde más se ha extremado la nota reformista, desentendiéndose de lo

que ellos llaman abstracciones metafísicas, niegan en redondo la libertad humana, el libre albedrío y los demás principios fundamentales admitidos por la escuela sociológica. Puede que en realidad haya mucho de ontologismos y de entes de razón cuando el filósofo pretende entrar en lo íntimo de la conciencia para el análisis de cosas que no conocerá jamás, dada la imperfectibilidad del hombre; pero de esto á la negación de los actos anímicos para admitir la irresponsabilidad humana dista gran trecho. Prescindamos, aunque es mucho prescindir, de la falta de lógica en que incurren los materialistas cuando contraen simplemente los actos de irresponsabilidad á los casos patológicos, pues deberían admitir también toda suerte de irresponsabilidades en el estado de salud, dado el determinismo que pregonan; pero al fin, si aceptamos que el cerebro cumple sus funciones sin ninguna ingerencia extraña ¿en dónde está la responsabilidad, si el órgano hace simplemente lo que ha de hacer en relación con su construcción anatómica? Pero aun no es esto lo más grave, sino que la moderna escuela antropológica, queriendo alardear de altruista, me resulta en defini-

tiva inhumana; porque los sociólogos, por lo mismo que atribuyen al medio ambiente un papel modificador de los actos humanos, consideran que el hombre es susceptible de rehabilitación y que, según sean las contingencias de su vida, será honrado, hasta santo si se quiere, ó en circunstancias inversas será un criminal; no así aquellos antropólogos que, con su fatalismo de los actos, como que los hacen derivar primitiva y directamente del automatismo cerebral, cortan por lo sano, conforme tendré ocasión de decir más adelante, eliminando los delincuentes del seno de la sociedad por lo mismo que no pueden adaptarse á ella.

Muy vigoroso debe ser, sin embargo, el empuje de las nuevas ideas, ya que, á pesar de ser muy joven la escuela y de creación reciente, ha podido conmover de una manera tan profunda las inteligencias. Cuenta de vida poco más de veinte años ¿y qué son cuatro lustros en el transcurso de las centurias? Sin embargo, son numerosos sus prosélitos; y yo no dudo que, haciendo una selección razonada de sus afirmaciones, siempre habrá de quedar algo utilizable para las generaciones futuras, porque es una verdad

que hasta los errores enseñan. Ved si no lo que ocurre cuando se desbordan las aguas turbias y cenagosas de un río: en los primeros momentos lo invaden y destruyen todo, pero cuando baja el nivel de las aguas se sedimenta una capa de limo que fertiliza la tierra. Por tanto yo no dudo que, una vez sosegados los ánimos y reducidas á un límite todas las exageraciones de la moderna escuela, la ciencia del porvenir aprovechará sus frutos.

Pero permitidme, señores, que, prescindiendo por el pronto de los prejuicios de escuela y procurando desposeerme de todo apasionamiento, descienda á un trabajo de análisis frío é imparcial de lo que la ciencia biológica de nuestros días nos enseña, para ver si ha llegado el momento de hacer tabla rasa, con furia iconoclasta, de una serie de conceptos que cuentan con el respetable apoyo de los siglos.

Todos convendréis conmigo en que el cerebro constituye la única característica anatómica del hombre; y que las funciones cerebrales le distinguen de todos los demás seres que en la actualidad viven. Una enorme diferencia hay entre el cerebro del hombre

y el de los animales por lo que toca á la cantidad de masa, ya que cuando su desarrollo alcanza la plenitud, cual ocurre á los 30 años, su peso es de 1,350 gramos. Esto en el sexo masculino, pues el cerebro de la mujer pesa 100 gramos menos. — Y que no se ofendan las damas que tienen la bondad de escucharme, porque si la diferencia de cifra puede suponer en contra de ellas una inferioridad intelectual, en cambio la mujer es inmensamente superior en sensibilidad moral, y así la naturaleza lo compensa todo—. Pero no es precisamente la cantidad lo que más caracteriza el cerebro del hombre, por más que para un peso ordinario de 70 kilos, ya es respetable una masa encefálica de 1,350 gramos; pero el poder creador lo ha dispuesto todo de una manera tan admirable, que si bien la masa cerebral en absoluto no es enorme, está dispuesta y distribuída de tal suerte que su superficie es mucho mayor de lo que la masa representa. Débese esto á que nuestro cerebro, en vez de ser liso, está surcado por grandes y numerosas circunvoluciones que, á manera de pliegues, anfractuosidades y hendiduras, extienden la superficie, acaeciéndolo aquí lo que en las fosas nasales, que

con apariencias de mucha pequeñez están tapizadas por una membrana mucosa de gran extensión, gracias á una serie de recodos, cuevas y canales por donde aquélla se distribuye. El órgano cerebral, además, es riquísimo en una capa cortical de substancia gris constituida por un número infinito de células nerviosas, piramidales, yuxtapuestas; no habiendo ningún animal que posea tantas, cuyo hecho arguye la supremacía indiscutible del hombre. Busquemos el apoyo de los histólogos y sobre todo el de ese hombre eminente, de Ramón y Cajal, el único médico de España cuya justa nombradía ha traspuesto todas las fronteras del mundo científico, y nos dirán que el estudio de esas células cerebrales indica algo muy particular y curioso que puede dar la clave de ciertos fenómenos de la alta inervación. A las células acumuladas en la corteza del cerebro van á parar unos filetes nerviosos que transmiten las corrientes de sensibilidad y por tanto todas las impresiones táctiles, luminosas, olfatorias, acústicas y gustativas, recibidas por nuestros sentidos, y de las mismas células parten otros filetes que, en corriente centrífuga, llevan á los músculos las incitaciones para el

movimiento. Hay, pues, como un verdadero circuito de la periferia al centro y del centro á la periferia; y por tanto, si por un lado nadamos de continuo en un mar de impresiones externas, como en arco reflejo, también de una manera continua, las convertimos en actos motores. La misma histología nos enseña que todos esos filetes aferentes y eferentes están constituídos por elementos perfectamente iguales á los análogos de los demás vertebrados, lo cual permite suponer que los nervios de sensibilidad y de movimiento, enlazados con la substancia gris del encéfalo del hombre, han adquirido ya, como en la restante escala de animales, su definitiva evolución y su total desarrollo. Esto para nosotros constituye una gran desgracia y es una de las causas de que el progreso humano no alcance nunca la perfección científica; y se comprende: el hombre sólo se pone en contacto con el mundo exterior por medio de los sentidos, y como éstos ya no son susceptibles de otras perfecciones que las que pueden prestarles los instrumentos de una ampliación puramente cuantitativa, de ahí que las percepciones cualitativas de los objetos para nosotros siempre serán las mismas.

En cambio, las células cerebrales de la sustancia gris están todas ellas conexionadas por unas ramificaciones laterales que unen unos territorios celulares con otros; y como quiera que cuanto más perfecto es el animal, mayor riqueza de prolongaciones ostenta, es precisamente el hombre quien las presenta más numerosas, ofreciéndose la particularidad de que el número de las expansiones se relaciona con la actividad cerebral. Así, cuando se trata del cerebro de un hombre que en vez de generalizar y de inclinarse á las concepciones sintéticas, localiza, por decirlo así, el entendimiento en un orden determinado de ideas, tiene zonas de mayor desarrollo que otras que permanecen en un estado de relativo quietismo. Todo esto, como se comprende, da una explicación anatómica del progresivo adelanto humano intelectual, en compensación del *statu quo* respecto de las impresiones de los sentidos.

Veamos ahora si la fisiología cerebral ha dado también un avance que permita derrocar la antigua metafísica. Pero ¿qué es lo que sabemos de las funciones cerebrales? Indudablemente mucho más que en los tiempos pasados, y no ignoran los médicos que me

dispensan el alto honor de escucharme, hasta qué punto han cambiado los conceptos. Ya nadie acepta hoy con Flourens que en los actos cerebrales se trate siempre de una función total de la masa encefálica, una vez que la experimentación en los animales por un lado y por otro las observaciones de los patólogos — ya que á menudo la patología se encarga de enseñar cosas que los fisiólogos no siempre las explican, — han demostrado hasta la última evidencia las localizaciones cerebrales. El cerebro del hombre no es un todo homogéneo, sino que está constituido por la suma de múltiples piezas, cada una de las cuales puede diferenciarse de las demás. El *árbol de la vida*, el *asta de Hammon*, el *gran hipocampo*, el *septo lúcido*, la *bóveda de los cuatro pilares*, el *tálamo óptico*, los *tubérculos cuadrigéminos* y toda aquella serie de partes que los anatómicos antiguos con lenguaje pintoresco se encargaron de describir, parecían ya indicar que el cerebro no ejerce funciones iguales en toda su masa; pero el adelanto más positivo arranca del descubrimiento del órgano del lenguaje. Es evidente que algo de esas localizaciones lo habían vislumbrado mucho antes los frenólogos, aunque exagerando la

nota, y que en su virtud Gall y sus discípulos admitieron ya varias zonas encargadas de una función psíquica determinada. Algo ha quedado todavía en pie de aquellas exageraciones; y no podemos menos de reconocer en el cráneo del hombre tres grandes zonas: la *frontal*, la *parietal* y la *occipital*; indicando inteligencia la anchura y espaciosidad de la primera; fuerza de voluntad y energía de los actos la segunda, y sensibilidad moral y toda suerte de manifestaciones de la afectividad la tercera. Pero todo esto que parece estar por encima de una impugnación, en lo que se refiere á localizaciones cerebrales, queda más afianzado con el descubrimiento del órgano del lenguaje y de sus partes coadyuvantes, es decir, de aquella región de nuestro cerebro que se relaciona con uno de los actos más humanos, cual es el de la exteriorización por medio de la palabra ó de la escritura de nuestros más íntimos pensamientos. Dado este gran paso, era de esperar el descubrimiento de otras localizaciones, y hoy no hay ningún fisiólogo que no admita centros para el lenguaje mímico; que no nos indique cuáles son las circunvoluciones enlazadas con los movimientos del rostro y de los miembros; que no

nos diga á dónde van á parar las transmisiones de toda impresión sensorial acústica ó gustativa, que tal vez son las primeras, y las visuales, olfativas y táctiles que van poniéndose en actividad más tarde, y, por último, que no nos manifieste la conexión entre las circunvoluciones que reciben las impresiones que vienen del exterior y las que se encargan de convertirlas en actos de movimiento.

Por desgracia no guarda proporción todo lo que se sabe de la fisiología cerebral en orden á sensibilidad física y á motilidad, con lo que se ignora del verdadero mecanismo en virtud del cual se producen aquellas grandes funciones anímicas de los psicólogos y metafísicos. ¿Qué sabe la moderna fisiología con carácter positivo de la manera como se produce la memoria, la atención, el juicio, la voluntad? ¿qué sabe de los actos de conciencia? Si nos fijamos en sus definiciones y hasta en sus explicaciones, podremos convencernos de que los biólogos incurren en los mismos defectos que ellos atribuyen á los metafísicos y que á menudo se pagan de palabras y de circunloquios que sólo satisfacen á un espíritu poco exigente. Dicen, por ejemplo: la *memoria* es el poder que tienen todas nues-

tras células cerebrales de retener y almacenar las impresiones recibidas, á manera de placas fotográficas: enhorabuena, éste es el hecho; pero la enunciación de un hecho no es la explicación y mucho menos la demostración del hecho mismo. Sino *por qué*—cosa que sólo Dios sabe — *¿cómo* quedan almacenados siempre en las mismas células, porque su número no aumenta, los miles de miles de recuerdos y de impresiones recibidos en un número prolongado de años? *¿Cómo* explicar, como no sea en hipótesis siempre muy discutible, el hecho de la desaparición y aparición sucesivas de los mismos recuerdos, y que las decadentes células cerebrales del viejo conserven vívidas las antiguas imágenes y las recordaciones de la niñez y no puedan guardar las impresiones de la vigilia ó del mismo día? Iguales obscuridades, respecto del mecanismo de la *atención*. Dice Cajal, á este propósito, que las células nerviosas están rodeadas de otras llamadas neuróglías dotadas de una fuerza de contracción y de dilatación; que éstas según se contraigan ó se dilaten permiten que las otras — que sólo están en relaciones de contigüidad — puedan ó no ponerse en contacto, á favor de sus ex-

pansiones, para transmitir la corriente nerviosa ó para interrumpirla. En su virtud, cuando hay *atención* las células neuróglícas se contraen, queda expedita la corriente de las células nerviosas y facilitada la circulación de la sangre, para que tengan mayor energía sus funciones. Perfectamente; pero como la atención es un acto voluntario y atendemos ó dejamos de atender, resulta que ese *primum movens, anterior al acto de contraerse aquellas células*, queda sin explicación ¹. Decir como dicen los modernos biólogos, cuando quieren hacer psicología, que el *yo*, ó la personalidad humana, es la *suma de nuestras tendencias hereditarias y de nuestras sensaciones recibidas hasta aquel momento*; que la *conciencia es una sensación presente reconocida por sensaciones antiguas*; que la *voluntad es sencillamente el acto de comparar una sensación reciente muy impulsiva, acompañada de tendencia al acto, con nociones de antiguo acumuladas por la educación en nuestras células cerebrales*; que la *inteligencia está*

¹ Menos aceptable es todavía la suposición de Max Nordau, combatida por Cajal victoriosamente, pues los capilares del encéfalo no poseen los caracteres de estructura supuestos por el famoso profesor y en los cuales hace residir el mecanismo de la atención.

esparcida por toda nuestra corteza cerebral, puesto que ella significa tan sólo *asociación de imágenes y de ideas, comparación y juicio*..... dígase con toda ingenuidad si esto es algo más que una pura definición más ó menos afortunada de la cosa definida y si ha hecho adelantar un paso al mecanismo íntimo de las funciones psíquicas. ¡Ah! con cuánta razón el esclarecido Taine, autoridad nada sospechosa ya que es uno de los grandes apóstoles de la psicología fisiológica, nos dice en sus hermosos estudios sobre la inteligencia ¹, que han sido hasta ahora de todo punto inútiles los esfuerzos para descifrar el misterioso enigma de esa transformación de las sensaciones externas en actos y en ideas. No es de extrañar, señores, esta ignorancia. Como el hombre, según decía nuestro insigne Letamendi, sólo puede reconocerse él mismo *por dentro*; como el hombre no puede entrar en los repliegues de la conciencia de otro, como ni siquiera puede establecer relaciones comparativas entre su psiquismo y el de los animales en que experimenta, nunca quedará cerrado el ciclo de los psicólogos puros y de

¹ Taine. *De l'intelligence*. — Paris, 1892.

los metafísicos. ¡Oh, si como dice nuestro Cajal en un arranque imaginativo, dispusiésemos de un ser *ultravertebrado* y por ende de una psicología más perfecta, entonces sería cuando por comparación la labor de los fisiólogos sería más provechosa! ¡Cuán distantes, pues, estamos de que la Biología pueda vanagloriarse de haber destruído las abstracciones de la Metafísica!

Abandonemos, pues, esta vía y veamos lo que la Patología puede enseñarnos. Mas antes de entrar en este nuevo camino, permitidme alguna aclaración previa.

Las enfermedades no son entes de razón ó actos que hayan podido producirse con independencia de nuestro organismo. Hemos de admitir la enfermedad como una simple modificación ó desviación cuantitativa, más que cualitativa, del estado normal ó de salud: digo esto, porque si queremos hacer un análisis del estado mental de un sujeto, nos convencemos de que la patología de la mente no constituye un hecho tan extraordinario como á primera vista podría parecer, sino como una de tantas desviaciones del entendimiento. La locura, que es una enfermedad de la mente, no creáis que deje de tener su representación

en la vida normal, en el estado ordinario de la razón: tan cierto es aquel dicho vulgar que «de músico, poeta y loco todos tenemos un poco». Debemos admitir la perfección en Dios, pero el hombre perfecto no existe. ¿Queréis la prueba de que la locura tiene su símil en el estado normal? Venid conmigo: ved aquella madre junto á la cuna de su hijo gravísimamente enfermo, triste, llorosa, pálida, desgredada, con la cabeza caída, aborta, con sus ojos clavados en el rostro de aquel pedazo de sus entrañas..... ¿no os recuerda la imagen de una *alienada melancólica*? Ved aquel hombre que, montado en cólera, disputa, forcejea, con el rostro encendido, con los ojos que despiden chispas, con los puños crispados y dispuesto á acometer..... ¿no es el trasunto del *maniaco agudo*? Qué diremos de aquel otro que va siempre por las calles estirado, con la cabeza atrás, mirando á los infelices mortales por el rabo del ojo y como vendiendo protección..... ¿no os recuerda al *megalómano* con esa exageración de la propia personalidad? Y aquel otro que, hasta olvidándose de comer, pasa las horas muertas revolviendo librotos viejos en los Encantes ó que empieza á preocuparse dema-

siado en busca del movimiento continuo ó de la cuadratura del círculo, ¿no os parece que se encuentra ya en esas fronteras neutras que separan la razón de la sinrazón? Todo esto, señores, demuestra que se pasa gradualmente de un estado á otro y que no hay límites bien demarcados entre la salud y la enfermedad de la mente.

Claro es, por fortuna de los más, que no todos tenemos igual aptitud para que un día se nos rompan los frenos y nos precipitemos por la vía que conduce á la insania; claro es que todo depende — lo mismo que en las enfermedades del cuerpo — de poseer más ó menos resistencia á los embates del mundo que nos rodea; de ahí que la ciencia moderna conduzca á admitir que en la inmensa mayoría de casos la locura viene producida por algo ingénito en el individuo, que le constituye en inminencia morbosa: no cabe, pues, desconocer la influencia individual; pero ya recordaréis la grandísima importancia que en la vida física y moral del hombre he concedido al medio ambiente.

¿Podemos comprender acaso nuestra vida corporal sin la atmósfera oxigenada que respiramos y sin los alimentos que nos nutren?

¿podemos por ventura comprender la vida psíquica del hombre sin el concurso de todo el ambiente social que le circunda? Pues bien, para que el hombre enloquezca no bastan siempre sus condiciones innatas, sino que es necesaria la concurrencia de actos venidos del exterior para que la locura estalle; por manera que son dos los términos del problema.

¡Qué evoluciones, señores, las de la Psiquiatría, desde que el gran Pinel hizo la reforma al finalizar el pasado siglo y dió la libertad á los locos! Digo mal; libertó á los locos de Francia, confundidos en Bicêtre con los criminales y encadenados como fieras en el Hôtel Dieu; que los locos de España, de este país tan vilipendiado por los extranjeros, estaban ya emancipados, una vez que desde dos centurias eran recogidos los orates y estaban cuidados con cristiana solicitud en Valencia y Zaragoza. Aquel célebre alienista, si bien no profundizó la etiología de la enajenación mental, dotado de una gran fuerza de observación describió de brillante modo las formas clínicas de la *mania*, de la *melancolía*, de la *demencia* y del *idiotismo*. Más tarde su discípulo Esquirol dió á la ciencia un gran

avance, como presintiendo algo de las localizaciones cerebrales, creando las monomanías ó locuras sobre un determinado tema, á modo de delirios parciales. Pero el adelanto más positivo débese á Morel, á esa gran figura de la moderna Psiquiatría, que rasgando el velo que cubría las verdaderas causas de los trastornos de la mente, hizo sus estudios sobre la *degeneración*. Partiendo del supuesto más ó menos hipotético de que existe un *hombre tipo*, con harmónico equilibrio de todas sus facultades mentales, consideró que algunos individuos desde la fecundación se desvían orgánicamente de aquel tipo y resultan unos degenerados. Haciendo suyas las actuales alienistas las ideas de Morel, han ensanchado de tal manera los límites de la degeneración humana, que la fuerza de la lógica habría de conducir á la tesis de que todas las vesanias presuponen un estado degenerativo.

Es cierto que estudiando los hechos de herencia puede observarse que ningún estado morboso se transmite con más constancia que los afectos nerviosos, sólo que las transmisiones no resultan siempre iguales: así de un epiléptico, nace un loco; ó de un neuroasténico, un histérico ó un coreico. Pero en-

tiéndase que la herencia no es fatal ni completa; antes bien por múltiples causas puede interrumpirse. Lo que siempre se hereda es el atributo y el carácter de la especie. Esta herencia es la que conserva al través de los siglos los rasgos étnicos de los distintos pueblos, con todos sus defectos y con todas sus virtudes: así un catalán de nuestros días se siente todavía un Roger de Flor; pero en cambio la condición particular de cada individuo es más mudable y no obedece siempre á un fatalismo hereditario. Un ser monocelular hereda en absoluto—al menos aparentemente—los rasgos todos de la célula madre; pero los organismos superiores, como el del hombre, aparte de los mentados caracteres de especie que constantemente se heredan, sus rasgos individuales pueden acusar un quebrantamiento de las leyes hereditarias. Enlazado con todo esto, ocurre en los degenerados el hecho frecuente de que se extingan por esterilidad; y hé ahí de qué manera, rompiéndose una cadena de transmisión morbosa, la sociedad puede verse libre de una mancha de degeneración. ¿Será tal vez debido á esos conatos de esterilidad que en los manicomios abundan tanto los célibes? ¿Es

que la condición de soltería favorece el desarrollo de la locura? Mejor me inclinaría á pensar que tan gran número de solteros en los asilos indica más bien una tara en orden al impulso sexual, que una condición para enloquecer.

De todas suertes, digamos para tranquilidad de todos, que no pesa el fatalismo sobre la transmisión hereditaria; que pueden modificarse las condiciones somáticas y psíquicas de los engendrados, y que del propio modo que se mejoran las razas animales por medio de cuidadosos cruzamientos, la cautela en la elección de personas para los vínculos matrimoniales mejoraría también las taras degenerativas de algunas familias. En la fecundación suele dominar el más potente y en las mezclas de razas la superior absorbe la inferior: ved si no, v. gr., lo que sucede en la isla de Cuba, al unirse un negro y un blanco; en los descendientes cada vez irá dominando más el color blanco sobre el negro, bien que en algún caso, á título de excepción, el llamado *salto-atrás* atestigüe el atavismo.

Así las cosas, un individuo cualquiera puede enloquecer y hacerse irresponsable, sobre todo si por herencia ha contraído apti-

tud morbosa, cuando respira un determinado ambiente, así de orden físico como de orden moral.

Lo propio sucede en orden á la criminalidad. Así obsérvase por punto general que son más frecuentes los delitos en el Sud de Europa que en el Norte; y hasta se marca una diferencia en el carácter de los mismos según la zona geográfica; por manera que los atentados contra la propiedad abundan más en las regiones frías, y los crímenes llamados de sangre, ó sea contra las personas, menudean hacia el Mediodía; como si el ambiente cálido facilitase la concentración de mayores energías, ya que el gasto de las combustiones ha de ser menor que en las latitudes de baja temperatura, y, al revés, como si en el Norte la necesidad del alimento, del abrigo y de la calefacción indujeran á apoderarse de la propiedad ajena. También es evidente la influencia estacional en las estadísticas del crimen; y nadie ignora que en algunas provincias de España, especialmente en Andalucía, por «un quítame allá esas pajas» se cometen homicidios y asesinatos en primavera y verano, al paso que en invierno el frío parece adormecer la furia de los nervios y la criminalidad mengua.

Pero no son éstas, señores, las únicas causas del ambiente físico que influyen en la determinación de los crímenes. ¿Qué diremos á este propósito del terrible papel que en nuestros días, y en progresión creciente, juega el alcohol en la producción de la locura y en el fomento de la criminalidad? Faltan palabras para anatematizar los desastres sólo atribuibles al uso de las bebidas alcohólicas; vino, aguardiente, ajenjos..... ¿Y el éter? nuevo acicate de la alienación mental. ¿Y la plaga del morfínismo? Cerrad las tabernas y disminuiréis el contingente del crimen, sobre todo en los países, como el nuestro, cuya sangre, ardiente de suyo, no necesita por cierto un medio que la estimule para dar acometividad á los hombres.

Pero concediendo á todo esto tanta importancia como queráis, aun la tiene mayor para el sociólogo el ambiente moral; y á él debe atribuirse en primera línea el aumento creciente de la criminalidad en las sociedades modernas. Y las estadísticas obligan á una confesión que ruboriza y espanta. La instrucción facilita el crimen. En los centros populosos, á pesar de su mayor cultura, es donde el vicio impera y con el vicio la crimi-

nalidad; porque no nos hemos de fijar únicamente en los delitos sangrientos, en los atentados horribles á la vida ó al honor de las personas, sino en otra inmensa serie de actos punibles, tanto más fáciles cuanto mayor sea la instrucción de los que los cometen; de ahí que pocas veces los ignorantes campesinos se conviertan en falsificadores, en monederos falsos, en usureros sin entrañas ó en toda esa caterva de gentes que sin ninguna honradez mercantil tienden á mansalva las redes para cazar á los incautos. Es muy cierto que la instrucción dá pábulo y esplendor á la inteligencia y realza, como todo trabajo, la dignidad del hombre, pero no basta si no va acompañada de una buena educación en su sentido más lato, en el moral y en el religioso, ya que es también nota característica del hombre tener una religión: nadie hay en el mundo que no sienta necesidad de adorar algo, de prestar un culto á algo; hasta el materialista no queriendo adorar á Dios, adora la materia ó se adora á sí mismo.

Así como la instrucción es acto de inteligencia, la educación lo es de sentimiento: de ahí su poder para imprimir al hombre una marcha por la senda de la virtud. No hay

medio superior á éste en el sentido de enderezar y reformar al hombre. ¿Os figuráis que esos míseros muchachos, esos *trinçeraires*, vivos, alegres, juguetones, muchos de ellos hasta físicamente hermosos, tallados como pequeños Hércules y sin ninguno de los rasgos del *uomo delinquente* de Lombroso, al pulular por nuestras calles harían el aprendizaje del vicio y serían un plantel de criminales si en vez del mefítico ambiente social que respiran, se les educase con el ejemplo de las virtudes? Seguramente que no.

Aquí doy punto, señores, ignorando si he podido convenceros de que el hombre es libre, y que en la determinación buena ó mala de sus actos no todo depende de sus condiciones orgánicas sino del ambiente social en que vive.
